Rubio Nomblot, Javier, "Cuadros hinchados", *ABC*, Madrid, sábado 16 de abril de 2005.

Stephen King explica al final de *El atrapasueños* (2003) que tan nefasto libro fue escrito en circunstancias difíciles (el inefable suele concluir con este tipo de oda al escritor de *hiper sellers*, más que nada para dejar constancia de su nuevo récord de velocidad), ya que al parecer fue presa de una dolorosa enfermedad sobre cuya naturaleza no se extiende, si bien asegura que en la novela se deslizan ciertos detalles que podrían poner al lector avezado sobre la pista. Se refiere, claro está, al modo en que los alienígenas invasores –apodados cariñosamente "bichos-caca" por la resistencia terrícola– emergen del cuerpo que les habla servido de incubadora, causando en su tránsito unos estragos que el prolífico describe con una minuciosidad irritante (nunca mejor *bicho*). Y he aquí lo realmente impublicable: nada más adentrarme en el primer capítulo del libro, seiscientas páginas antes de conocer estos hechos dolorosos e irrelevantes, yo mismo fui presa del misterioso mal (como todos los infortunados lectores de *Dreamcatcher*, creo), lo cual me permitió no sólo deshacerme del libro en un par de noches aciagas (en eso consiste el trabajo dudoso de King: que una novela pésima te enganche pese a todo), sino también cerciorarme de que la naturaleza imita al arte, tal y como dijo Arthur C. Clarke que sucedía cuando descubrió un mar en el satélite Europa antes que los astrónomos (2010). Diré pues que en la obra de Miguel Harte (Buenos Aires, 1961) hay mucha ciencia ficción y mucho humor (su finura, por cierto, contrasta con la rugosidad del que aquí se despliega), pero, sobre todo, cierto regusto hemorroidal, en el buen sentido de la palabra. En el texto de presentación se define a este sorprendente artista, inédito en España, como "un Pollock del subdesarrollo que irrumpió en la escena porteña con una técnica novedosa y personal llamada Martilux" (de tal irrupción trata el fascinante catálogo de su retrospectiva en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, 2002, necesario para comprender la obra expuesta). Sospecho que debe haber alguna relación entre este procedimiento y la pintura metalizada para automóviles, de suerte que en los cuadros de Harte se concitan texturas de chapa martilleada, reflejos metálicos, extraños laberintos matéricos (de ahí la alusión a Pollock) y una tersura inequívocamente industrial.

Con cabeza de cucaracha

En sus obras más recientes (que acaso sean las mejores), esta piel tan perfectamente lisa tiende a volverse monocroma y todo el argumento de la obra gira en torno a las aberturas, blandas e hinchadas, pilosas a veces, por las que se escapan unas gotas de resina transparente; en ellas se ocultan nuestros queridos alienígenas, hombrecillos con cabeza de cucaracha (o al revés), a más de un inmenso diminuto paisaje cuya orografía y vegetación, abundante en esta época del cielo, recuerda a la de Zxcvb. Un poco más allá, las características lámparas adiposas venusinas, las desérticas planicies de carne mortificada, los arrugados prepucios deformes, los mundos encerrados y palpitantes, otros tantos "rasgos de un erotismo fatigado" y sin concesiones que hiere, encandila y obsesiona –supongo que especialmente al devorador de ciencia ficción– porque ocupa la antesala misma de la locura.